

¿Hogar compartido o invadido?

Lo pública que puede ser la privacidad hoy en día



Por Javier Díaz-Albertini
Profesor e investigador de la Universidad de Lima

Toda pandemia tiene fuerte impacto sobre los espacios que habitamos. Nuestra cotidianidad territorial se ve trastocada y la actual emergencia sanitaria no es una excepción. La epidemia lleva necesariamente a prevenir el contagio y las principales medidas son el aislamiento y distanciamiento social. Como es sumamente difícil y costoso acordonar barrios y comunidades enteras como se hacía en el pasado o actualmente en sociedades muy disciplinadas (China, Corea del Sur, Taiwán), la única opción es refugiarnos en nuestras casas.

Este éxodo de lo público hacia lo privado tiene consecuencias importantes ya que pone en cuestión una de las distinciones fundamentales del mundo moderno. En el tránsito hacia la modernidad se da una clara división y especialización de los espacios, especialmente la separación entre lo público y lo privado. Esto se debe a varias razones, pero comentaré brevemente algunas de las más importantes.

En primer lugar, la creciente individualización —en contraste con el énfasis colectivo en la

premodernidad— puso mayor peso en la privacidad y ello se refleja en aspectos como la santidad de la propiedad privada, la inviolabilidad de la vivienda (también de la correspondencia y finanzas personales), al derecho al anonimato, al libre tránsito, entre otros. La libertad individual toma cuerpo en espacios, objetos y edificaciones inalienables por terceros.

En segundo lugar, la reproducción económica tiende a ocurrir en el hogar —donde dormimos, comemos, nos lavamos, amamos— que se va diferenciando del lugar de la producción de bienes y servicios (fábrica, oficina, taller o instituto) en los cuales trabajamos y estudiamos. Asimismo, las nuevas tecnologías de transporte (tren, tranvía, metro, auto) permitieron un mayor distanciamiento geográfico entre actividades, facilitando la segregación —vía la zonificación— de lo residencial con lo comercial, fabril, educativo, cultural y recreativo.

En tercer lugar, la mayor división de trabajo no solo se consolida en la enorme variedad de actividades laborales y económicas, sino también se traduce en instituciones especializadas con su propia arquitectura, ubicación y funciones, naciendo así la escuela, la universidad, el ministerio, la fábrica, la biblioteca, el hotel, entre otros. A cada lugar corresponde una actividad y se reprime confundir y mezclarlas.

Antes de la pandemia, sin embargo, la distinción entre público y privado ya comenzaba a atenuarse. Gracias a las redes sociales, por ejemplo, muchas personas empezaron a publicar aspectos que antes pertenecían al reino de lo privado: cómo viste, come, compra, viaja, lee, decora, pasan al escrutinio público. Facebook, WhatsApp, Instagram, Tik-Tok y otras plataformas se convierten en vitrinas de una intimidad exhibida. A veces ocurre a propósito, pero en otros circulan fotos, videos y conversaciones que desenmascaran mentiras, infidelidades, deslealtades que se pensaban cuidadosamente ocultadas. Solo para tener una idea de cuán poco privado es el mundo cibernético, según la revista Forbes (2017), el 70 % de los empleadores en Estados Unidos usan los medios sociales para filtrar a los candidatos que solicitan empleo en



sus compañías. Así que el vídeo donde apareces embriagado con los amigos, pasa factura.

Durante la pandemia, el hogar se ha transformado en oficina, aula, centro de llamadas, telemercado, consultorio médico, estudio legal, consultora, diván para terapia psicológica y tantos otros usos que resulta imposible enumerar. Gracias a tecnologías existentes pero subutilizadas, un sector importante de la PEA comenzó rápidamente a despachar desde su residencia. Se calcula que cerca del 20 % de la PEA peruana está realizando algún tipo de trabajo remoto, el 70 % de las empresas grandes lo está aplicando (Ipsos) y que en más de la mitad de los hogares alguien está estudiando a distancia, incluyendo los ocho millones de escolares que entraron en esta modalidad en abril del 2020 (Minedu).

En esta oportunidad no haré referencia al caso de las familias de menores ingresos y rurales que no cuentan con las condiciones mínimas para realizar el trabajo a distancia. La pandemia, como bien han señalado diversos expertos, ha exacerbado las desigualdades ya existentes en nuestra sociedad. Más bien haré referencia a los hogares urbanos de los NSE A y B que tienden a corresponder al sector formal y a ocupar posiciones ligadas al trabajo no manual (administrativo, profesional o gerencial).

El gran problema es que la mayoría de estos hogares no estaban listos para tamaña revolución y al mismo tiempo recibieron relativamente poca ayuda y seguimiento para realizar este enorme cambio a corto plazo. En los primeros meses de la pandemia, los trabajadores a distancia no sintieron los efectos negativos de lo que implicaba combinar

tantas tareas en el hogar. La mayoría se encontraba concentrada, preocupada y ansiosa en aprender las nuevas plataformas y prácticas digitales.

Con la experiencia adquirida, no obstante, comenzaron a hacerse evidentes la presión y las tensiones de trabajar desde el hogar. En una encuesta de FutureLab y Brinca (2020), solo el 49 % de los empleados manifestaron tener emociones positivas con respecto al trabajo a distancia. Inclusive, el 28 % considera que su salud mental ha empeorado gracias al trabajo a domicilio. Y es que no resulta fácil combinar espacios, relaciones y sentimientos que antes manteníamos aislados.

Los principales problemas que alimentan la insatisfacción son:

La demanda simultánea propia del trabajo con los quehaceres domésticos. Según el estudio de FutureLab, ello afecta al 56 % de los hogares. Más aún cuando en el hogar hay niños en edad escolar. La educación a distancia exige mucho más acompañamiento y seguimiento de las madres/padres y normalmente ocurre en el mismo horario. Algunos estudios muestran, además, que la mujer ha sido la más afectada ya que ha traído la sexista doble jornada (trabajo remunerado y no remunerado) a un solo espacio, no permitiendo diferenciación.

La falta de espacios idóneos para trabajar tranquilo es un problema que sufre el 39 % de los empleados según el estudio ya mencionado. Las continuas interrupciones en zonas altamente transitadas generan especial tensión. En una investigación sobre género y empleo realizada

en el Reino Unido, Aliya Hamid Rao (2021) descubrió que cuando ambos en la pareja heterosexual trabajan, los hombres tienden a ocupar los lugares adecuados (aislados, silenciosos, reservados) y las mujeres los espacios comunes.

Los problemas técnicos, el no contar con conectividad, *hardware* o *software* apropiados, también genera insatisfacción. Las constantes interrupciones debido a fallas en la comunicación y acceso a información hacen que el trabajo sea más demandante y los avances más lentos.

En muchos casos, las empresas e instituciones han entrado al hogar sin ofrecer a los trabajadores el respaldo necesario para que puedan cumplir sus labores en un entorno adecuado. Frecuentemente, por ejemplo, mantienen el mismo horario de trabajo y no ofrecen la flexibilidad necesaria para equilibrar las múltiples demandas que surgen de espacios compartidos e indiferenciados. Y eso que en el trabajo remoto es común que parte de los costos de operación sean asumidos por el empleado: servicio de internet, compra de *hardware*, costo de electricidad y espacio de uso gratuito para la empresa. Lo mismo ocurre en el caso de los colegios y las universidades, y por ello los padres/madres de familia exigen un descuento en las pensiones.

La experiencia del trabajo a distancia debe ser examinada detenidamente para superar las limitaciones señaladas. Pero, tal como se está desarrollando en la actualidad, el mundo de trabajo (lo público) está invadiendo nuestros hogares, nuestra privacidad y afectando negativamente la salud mental.

